



Los nuevos ministros del Interior y de Defensa tienen ahora que entenderse con las guerrillas. Los militares ya han entrado en la batalla. En la foto, una escena del «encuentro armado más violento en Argentina, en el curso de este siglo»: el enfrentamiento de Catamarca.

ARGENTINA

Hacia la derecha

QUIZA Perón era lo que le sobraba al peronismo; muerto definitivamente —aunque no enterrado— el viejo fantasma, sus sucesoras, el dúo López Rega-María Estela Martínez, recuperan rápidamente el terreno perdido y buscan el peronismo de la primera época, el peronismo fascista. Toda la derecha del país les ayuda velozmente: lo que más temían del peronismo nuevo era su izquierdismo posible, su alianza con los partidos revolucionarios. Al morir Perón, María Estela Martínez se encontró con una derecha desconfiada, que temía que una mujer fuese demasiado débil y que la desaparición del hombre mítico lanzara al país a una especie de caos en el que los peronistas se enfrentasen en las calles. María Estela Martínez dio su primera muestra de firmeza y de desafío a la opinión pública de todos los matices al ordenar que López Rega se mantuviese en la Casa Rosada en calidad de secretario particular (sin perder su cargo de ministro de Asuntos Sociales), de donde debía ser desalojado por la muerte de Perón. Con el «mago» a su lado, ha emprendido su segundo acto firme: el cambio ministerial.

Este se ha realizado en un sentido de refuerzo a la derecha. Han salido de él los tres elementos que podían aparecer, con alguna exageración, como más proclives al liberalismo. El de Educación Nacional, que no se había atrevido a tocar el polvorín izquierdista de la Universidad —ni el mismo Perón se había atrevido—, sustituido ahora por Oscar Ivannisevich: más de ochenta años, antiguo ministro de la primera época de Perón, médico personal de Isabelita. Un ultra. La Universidad ha respondido ya con diversas manifestaciones de protesta. El Ministerio del Interior se confía a Alberto Rocamora: ha hecho méritos en la represión en su cargo de gobernador de la provincia de Buenos Aires. Y el de Defensa, a Adolfo Mario Savino, que era embajador en Roma.

Los nuevos ministros del Interior y de la Defensa tienen ahora que entenderse con las guerrillas; los militares, que no habían participado en la exterminación de los grupos armados de la izquierda, y lo hacían notar ostensiblemente así, han entrado ya en batalla. Y en una batalla especialmente sangrienta, la de Piedra Blanca, al Norte de Catamarca; según el diario «Noticias», «el encuentro armado más violento en Argentina en el curso de este siglo». Aunque los protagonistas principales del encuentro con una banda armada del Ejército Revolucionario del Pueblo (marxista-leninista) han sido las fuerzas de Policía, el Ejército ha intervenido junto a estas últimas. Parece que los militares han superado todas sus reticencias en apoyar al gobierno de María Estela Martínez y han decidido entrar en fuego.

El partido radical —que fue el enemigo del peronismo en las elecciones—, la derecha, el Ejército, están ahora al lado de María Estela Martínez. La Iglesia actúa con mayor reticencia. El episcopado se ha manifestado públicamente en contra de la estatización de los medios de comunicación, que ha comenzado con la televisión y la radio y que puede terminar con los periódicos, de forma que sólo el gobierno pueda hacer oír su opinión.

Los órganos de expresión de la izquierda —clandestinos— aseguran que estaban preparados para la intervención del Ejército y para esta unión de la derecha, que no vacilan en calificar de claramente fascista y de sometida al imperialismo (los Estados Unidos); que los grupos de guerrillas están bien organizados en el campo, y en las ciudades hay comandos que continuarán la lucha por medio de atentados y de secuestros. La izquierda moderada se encuentra en la más absoluta desesperación: depurada por el gobierno, que ve en ella un peligro, y sin capacidad para compartir las operaciones guerrilleras.

ETIOPIA

Democracia en vez de imperio

Esta vez es un régimen milenarista el que se hunde: el del Negus de Etiopía, descendiente de la Reina de Saba y del Rey Salomón en línea directa (según la tradición) y gobernante de la misma dureza, de la misma sagrada superioridad omnívota sobre sus habitantes que tuvieron todos sus antepasados. Los militares etíopes que están dando el golpe de Estado en cámara lenta —dura hace varios meses y aún no se ha terminado— buscan una democracia moderna. El paso que han dado la semana pasada es definitivo: la supresión definitiva del Consejo de la Corona (los íntimos del Negus, la más alta aristocracia de la Corte), del consejo militar imperial (un estado mayor privado de palacio) y del Tribunal de Justicia Superior: los tres estamentos los presidía el propio Emperador todos los días. En algunos casos, miembros de estos estamentos han sido detenidos: parece que se encuentran en prisión unas ciento cuarenta personalidades que fueron altos funcionarios imperiales. Pero el mismo Negus permanece intacto: bien porque la junta militar considere que no es popular destronarlo (sigue conservando un carácter sacro), bien porque ellos mismos crean en su sacralización.

El paso inmediato es una Constitución. Está redactada de acuerdo con el gobierno (nombrado por instigación de los militares) y la junta de coordinación militar. El proyecto determina que el Estado ha de ser laico, y que la religión «es un asunto individual, mientras el país pertenece a todos»; la dominante era el cristianismo, pero hay un mosaico de religiones de todas clases que se consideraban tratadas de manera discriminatoria. Reconoce el proyecto la libertad de formación de asociaciones de todas clases y de partidos políticos, la libertad to-

tal de expresión y la libertad de prensa. La columna vertebral del nuevo Estado ha de ser un Parlamento de dos Cámaras; los parlamentarios serán los encargados de nombrar un primer ministro, por un tiempo de cuatro años. La Cámara alta o senado constará de noventa miembros, setenta y cinco de ellos nombrados por elección indirecta y quince nombrados por el Consejo de Ministros; la Asamblea, ante la cual será responsable el primer ministro, estará elegida por sufragio universal, en el que se dará el derecho de voto a los mayores de dieciocho años.

Parece que los tres estamentos disueltos estaban decididos a oponerse a la promulgación de esta Constitución que presentaba el primer ministro Imru (el anterior, Makkonen, está en la cárcel) y que el Negus, personalmente, parecía dispuesto a aceptar. Otra de las personas que parecían oponerse al proyecto constitucional es el general Tafese Lema, comandante en jefe de la Guardia Imperial: ha sido detenido por los militares el sábado pasado. Con esta detención se disuelve también la posibilidad de que la Guardia Imperial se enfrentase con el Ejército.

Los militares cuentan con la adhesión de la población civil. El paso de camiones del Ejército, de aviones y tanques, que en los últimos días se ha hecho muy frecuente —sin duda como una manifestación por parte de los militares de que están decididos a todo en caso de que su evolución sin sangre se encuentre con una oposición armada—, es acogido con gritos de entusiasmo y aplausos por parte de la multitud, pero en los casos en que ésta —sobre todo los estudiantes— ha creído posible pasar por sí misma a la acción, ha sido cortés pero firmemente contenida por el Ejército.



Descendiente de la Reina de Saba y del Rey Salomón en línea directa —según la tradición—, y gobernante de la misma dureza, de la misma sagrada superioridad omnívota, el Negus...